

LXXIX.—*Los dos cetros.*

Fray Luis de León, en su inmortal *Profecía del Tajo*, dejó al último Rey de la monarquía goda vencido en Guadalete y bajo el peso de una acusación terrible. — Campoamor, con gran nobleza de sentimientos, no menciona la falta particular del Monarca: se remonta á mayor altura, y considerando la naturaleza humana, prorrumpe:

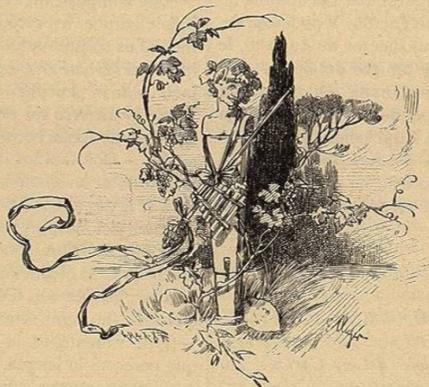
*Y á los que amengüen su gloria
les ruego que hagan memoria,
que hay manchas hasta en el sol.*

Las causas que condujeron á la nación goda á su ruina no están aún muy claras; pero, ya fuesen de larga fecha unas, ya particulares del Rey otras, lo cierto es que la defensa del esforzado cuanto infortunado Rodrigo en aquella memorable catástrofe, que nos costó siete siglos de sangre, no se ha hecho hasta hoy con mayor elevación de juicio y

de sentimiento. — Fr. Luis de León pintó un gran castigo; Campoamor un gran remordimiento.

Composición es esta muy agradable. Pertenece al género legendario, en el cual es tan rica nuestra lengua en el romance, su genuina forma; y sin embargo, estando esta dolosa escrita en quintillas, no es inferior á ninguna en narración, sencillez, naturalidad y precisión. El asunto ó invención de esta poesía es peregrino, la exposición seductora, y el artificio lleno de ingenio y muy simpático. La dedicatoria al Príncipe de Asturias, dignísima, solemne y llena de filosofía cristiana. ¡Qué contraste entre el Rey de cetro de oro y el Rey de cetro de caña! ¡Qué disyuntiva tan terrible para quien ha de llevar una corona! ¡Qué problema sobre la felicidad humana! — Mucho diríamos si hubiéramos de extendernos sobre esta hermosa dedicatoria, cuyas magistrales advertencias no puede comprender hoy, en su hermosa edad, nuestro querido Príncipe, á cuyos regios oídos no llegarán quizás nunca más nobles y levantados acentos.

Terminado queda este trabajo. Por él habrá visto el lector nuestra imparcialidad y formado su juicio sobre el mérito del poeta, uno de los primeros en la brillante pléyade de nuestros contemporáneos, y el que más popularidad ha conseguido quizá en todas las clases sociales: prueba inequívoca de sus facultades, y de que supo agradar, por la instrucción y el buen gusto á las clases cultas y elevadas, por el sentimiento á los que sufren, por el ingenio y la gracia á las damas y gentes de buen humor, por los refranes, sentencias y estribillos al pueblo, y por sus condiciones poéticas á todos. Si estas notas han servido de alguna utilidad, nos damos por muy satisfechos, como superior recompensa á su corto mérito; de lo contrario, morirán, si esto fuera posible, acompañando á un libro á quien aguardan largas edades, como sinceramente creemos, y por afecto y amistad personal hacia su autor deseamos.



CANTARES



1

La amo tanto, á mi pesar,
que, aunque yo vuelva á nacer,
la he de volver á querer
aunque me vuelva á matar.

2

Desde que perdí el encanto
de mi primera pasión,
no he entrado en mi corazón
por no morir de espanto.

3

No esperes que una mudanza
me dé la tranquilidad;
que amo en tí más la esperanza,
que en otras la realidad.

4

Si hago al juicio una llamada,
me responde el corazón
que si hay juicio no hay pasión,
y si no hay pasión no hay nada.

5

Como no vives tú en mí
vivo en tí, mas no contigo;
y hasta nó vivo conmigo,
como vivo sólo en tí.

6

Está tu imagen, que admiro,
tan pegada á mi deseo,
que si al espejo me miro,
en vez de verme, te veo.

7

Perdí media vida mía
por cierto placer fatal,
y la otra media daría
por otro placer igual.

8

Más cerca de mí te siento
cuanto más huyo de tí,
pues tu imagen es en mí
sombra de mi pensamiento.

9

Sueño ó vele, no hay respiro
para mi ardiente deseo,
pues sueño cuando te miro,
y cuando sueño te veo.

10

Prometo que te he de amar,
pero me has de prometer
que sólo me has de engañar
si me dejas de querer.

11

Tu bien es mi gran contento,
tu mal mi mayor sufrir,
pues siento más tu sentir
que lo que yo mismo siento.

12

¡Qué razón tiene mi amor
cuando te jura y rejura
que, aunque grande, es tu hermosura
de tus gracias la menor!

13

¿Quién, niña, se te figura
que amará con más verdad,
mis sentidos tu hermosura,
ó el corazón tu bondad?

14

Cuantos te han tratado y tratan
en tu amor aprender suelen,
todos, las penas que duelen,
yo, los dolores que matan.

15

Aunque esté muerto de cierto,
en nombre suyo llamadme;
si no respondo, enterradme,
porque de cierto estoy muelto.

16

Marcho á la luz de la luna
de su sombra tan en pos,
que no hacen más sombra que una
siendo nuestros cuerpos dos.

17

Me causas tanto pesar,
que he llegado á presumir
que mucho me debe amar
quien tanto me hace sufrir.

18

Todos pagan la traición
con el odio y el puñal;
yo te pagué el mismo mal
con el amor y el perdón.

19

Si indócil á mis consejos,
vas de mi cariño á huir,
yo me voy mucho más lejos,
porque me voy á morir.

20

Nunca, aunque estés quejumbrosa,
tus quejas puedo escuchar,
pues como eres tan hermosa,
no te oigo, te miro hablar.

21

Dios, que nos crió á los dos,
podrá hacer que yo me muera;
pero hacer que no te quiera,
Dios podría... porque es Dios.

22

Un día á Richmond subí,
¡y cuán bello lo hallaría,
que, perdóname, aquel día
fui feliz hasta sin tí!

23

Las malas son esas penas
que sin matar nos maltratan;
las que de un golpe nos matan,
¡esas sí que son las buenas!

24

Ten paciencia, corazón;
que es mejor, á lo que veo,
deseo sin posesión,
que posesión sin deseo.

25

Así, en inútil porfía,
pasa esta vida traidora:
yo pidiéndote que *ahora*,
tú diciendo que *otro día*.

26

Aun dí poco por tu amor,
aunque por él dí, constante,
veinte años por un instante,
la dicha por un favor.

27

Vengo á pedirte perdón;
no puedo luchar contigo,
pues mi mayor enemigo
es mi mismo corazón.

28

¡Ay! ¿por qué haciendo, perjura,
dos veces fatal mi historia,
me arrebatas la ventura
dejándome la memoria?

29

Para pintarte, querida,
mi existencia de una vez,
lee el resumen de mi vida:
— Una tarde en Aranjuez. —

30

Absorto en tí mi deseo,
tan sólo en tu amor creí;
pero ahora en nada creo,
desde que no creo en tí.

31

Si en tu gracia he de creer,
quiero tus gracias mirar,
pues mal te podré aprender
si no te puedo estudiar.

32

Ir hacia Atocha la ví;
la seguí, miré, miró;
y no *vine, ví y vencí*;
yo vine, ví, y me venció.

33

Es tanta mi ceguedad,
que te amo, aunque estoy seguro
que con amarte aventuro
mi dicha en la eternidad.

34

Tú presumes, y no es cierto,
que yo te oculto una cosa;
y sólo te oculto, hermosa,
el llanto que por tí vierto.

35

Porque en dulce confianza
contigo una vez hablé,
toda la vida pasé
hablando con mi esperanza.

36

Vuélvemelo hoy á decir,
pues, embelesado, ayer
te escuchaba sin oír,
y te miraba sin ver.

37

En la fiesta de San Blas
reiste tanto con él,
que desde entonces ¡infiel!
no he vuelto á reír jamás.

38

Mientras bebí descuidado
el filtro de sus amores,
me mató, cual los traidores,
al descuido con cuidado.

39

Tus perfecciones al ver,
suelen los hombres decir:
— Sólo por verla, nacer;
después de verla, morir. —

40

¡Pérfida! te odio; mas creo
que al mismo tiempo te adoro,
pues maldigo, si te veo,
y si no te veo, lloro.

41

Tras tí cruzar un bulto
ví por la alfombra;
ciego el puñal sepulto...
y era tu sombra.
¡Cuánto, insensato,
te amo, que hasta de celos
tu sombra mato!

42

Que es matarme, confieso,
el olvidarme:
aborréceme, que eso
ya es recordarme.
Por Dios te pido
que me entregues al odio,
mas no al olvido.



EPIGRAMATICOS

1
Que me vendiste se cuenta,
y añaden, para tu daño,
que te dieron por mi venta
monedas de desengaño.

2
Que es corto sastre, preveo,
para el hombre la mujer,
pues siempre corta el placer
estrecho para el deseo.

3
Siempre se rinde mejor
la fuerza de tu conciencia
á un grano de violencia
que á cien quintales de amor.

4
Porque esté más escondido,
de tal modo te lo cuento,
que entre mi boca y tu oído
no quiero que esté ni el viento.

5
El mismo amor ellas tienen
que la muerte á quien las ama;
vienen si no se las llama,
si se las llama, no vienen.

6
Sin antifaz te veía,
y una vez con él te ví;
sin él no te conocía,
mas con él te conocí.

7
Ni te tengo que pagar,
ni me quedas á deber;
si yo te enseñé á querer,
tú me enseñaste á olvidar.

8
A un mármol Pigmalión
le dió de mujer el ser,
y en mí cambió una mujer
en mármol mi corazón.

9
Si te ha absuelto el confesor
de aquello del Cabañal,
ó tú te confiesas mal,
ó él te confiesa peor.

10
Por mucho que el tren corría,
corre tanto un «yo te adoro,»
que era tuyo en Valdemoro,
y en Aranjuez ya eras mía.

11
¡Qué bien supiste aprender
lo que dice cierto autor:
Que suele en lances de amor
ser la mentira un deber!

12
¡Que no me conoce, ayer
juró por no sé qué santo!
¿Cómo me ha de conocer
si yo la conozco tanto?...

13
Mira que ya el mundo advierte
que, al mirarnos de pasada,
tú te pones colorada,
yo pálido cual la muerte.

14
Cuando pasas por mi lado
sin tenderme una mirada,
¿no te acuerdas de mí nada,
ó te acuerdas demasiado?

15
Aunque al salir tú del puerto
quedé más muerto que vivo,
verás, por esta que escribo,
que, con efecto, no he muerto.

16
Levanta ese rostro inquieto
y el mirarme no te asombre;
que, aunque agraviado, soy hombre
que muero con mi secreto.

17
Yo no soy como aquel santo
que dió media capa á un pobre;
ten de mi amor todo el manto,
y si te sobra, que sobre.

18
Es el amor un galán
que ni hambre ni hartura quiere,
pues lo mata el mucho pan,
y con poco pan se muere.

19
Con desdén me has molestado,
y hoy con celos me molestas,
y más bostezos me cuestas
que suspiros me has costado.

20
No engañarías, á fe,
su fe con tan buenos modos,
si este, y aquel, y ese, y todos
supieran lo que yo sé.

21
Cual vil cazador me trata
la cazadora á quien amo:
se esconde, saca el reclamo,
va la perdiz, y la mata.

22
Testigo de eterno amor,
le dí una flor á mi amante;
mi suerte fué que la flor
tan sólo duró un instante.

23
Quisiera al jardín volver
de tu cariñoso amor,
si se pudiera coger
dos veces la misma flor.

24
Pues yo la perdiz anhelo,
el mochuelo es para tí;
ó bien para tí el mochuelo,
y la perdiz para mí.

25
Como en la iglesia te ví
después de lo de la fiesta,
me santigüé y prorrumpí:
—¿Quién dirá que aquella es ésta?—

26
Sin saber decir por qué es,
para los malos amantes,
todas son discretas antes,
y todas tontas después.

27
Con tanto placer cruzamos
el túnel de Elda los dos,
que al salir de él exclamamos:
—¿No habrá otro túnel, gran Dios?

28
Lo recuerdo de tal modo,
que aun creo que estoy mirando
cómo fuiste colocando
mano, pie, cabeza y todo.

29
Cuando cobrar una de uno
quiere prenda que aun no dió,
esa una vendió á alguno
lo que alguno no pagó.

30
Ya sé que aunque perdí en ello,
he perdido tu amistad,
desde que hablando de aquello,
te dije aquella verdad.

31

Por más que sobre árbol bueno
otro mejor he injertado,
nunca hay fruta en mi cercado
como en el cercado ajeno.

32

No hay quien en suerte te venza,
pues aun cree la multitud
que es pudor de tu virtud
el rubor de tu vergüenza.

33

En vano al pie de un retablo
le juras á Dios ser fiel;
después que fuiste de aquel,
sólo puedes ser del diablo.

34

De noche, solo y á pie,
voy á tu lado, me acuesto,
me vuelvo, y nadie me ve...
Todo en sueños, por supuesto.

35

Casi te lo agradecí
cuando el engaño toqué,
pues si loco me acosté,
filósofo amanecí.

36

Loca por mí te figuras,
mas ya ven los que te advierten,
que nunca haces más locuras
que aquellas que te divierten.

37

No inquietas con tal constancia
si soy ó no soy leal;
que toda dicha cabal
nace de alguna ignorancia.

38

Te pintaré en un cantar
la rueda de la existencia:
pecar, hacer penitencia,
y luego vuelta á empezar.

39

¡Cuántos deseos cautivos
te manda mi corazón
velados en la expresión
de estos puntos suspensivos!...

40

Entonces, con el deseo,
sin mirarte te veía;
pasó algún tiempo; y hoy día,
si te miro, no te veo.

41

Diciéndolo, no diré
lo que aquel pinar esconde;
allí, ya recuerdas dónde,
nos pasó, ya sabes qué.

42

Pensando que he de morir
á tal desventura llego,
que como un muerto me entrego
á la dicha de vivir.

43

Si es fácil una hermosa,
voy y la dejo;
si es difícil la cosa,
también me alejo.
Niñas, cuidado
de amar siempre con fácil
dificultad.



Filosofico Morales

1

Por más contento que esté,
una pena en mí se esconde
que la siento no sé dónde
y nace de no sé qué.

2

Fuí un día á la ciudad,
y me volví al otro día,
pues mi mejor compañía
es la mayor soledad.

3

La vida es dulce ó amarga;
lo corta ó larga ¿qué importa?
El que goza la halla corta,
y el que sufre la halla larga.

4

Dejándome en paz sufrir,
puedes, ventura, pasar,
pues como te has de marchar,
no gozo en verte venir.

5

Cuando las penas ajenas
mido por las penas mías,
¡quién me diera á mí sus penas
para hacer mis alegrías!

6

Menor el tormento fuera
de esta duda en que me muero,
si, cual sé lo que no quiero,
lo que yo quiero supiera.

7

Decía yo, de amor loco:
— ¡Penar tan poco por tanto!
y dije, al perder mi encanto:
— ¡Penar tanto por tan poco!

8

Con tantos pesares lidia
mi corazón en el mundo,
que cuando ve á un moribundo,
casi se muere de envidia.

9

¡Qué divagar infinito
es este en que el hombre vive,
que siente, piensa y escribe,
y luego borra lo escrito!

10

Mal hizo el que hizo el encargo
de hacer las cosas al gusto;
todo es corto ó todo es largo,
y nada nos viene justo.

11

Para divertir su afán
cantaba á su reja un loco:
— Unos estamos por poco
y otros por poco no están. —

12

Tanto suelen mi sufrir
las desdichas apurar,
que á veces me echo á reir
por no poderlas llorar.